

ches a pasear a La Herradura. Ya lo creo que nos encontraremos.

—Así lo espero y deseo.

Entraron otra vez en el departamento, cabecearon un poco, se adormilaron y la madrugada les sorprendió ya cerca de Orense, con las manos de la tierra por todo lo alto, mostrándoles en bandeja los frutos de la misma por medio de los hórreos; con las vides ascendiendo por los muslos de los pivotes de piedra para madurar los racimos entre los pámpanos báquicos de los emparrados; con las greñudas, brujas nubes huyendo ante los jóvenes dardos encendidos de los adelantados jinetes del sol y con las redondeadas montañas, como cabezas de algún dios pagano delirante, ahíto, vegetal, verderón y modorro, empeñado en degustar eternamente las delicias de la vida.

Dejaron entrar por las ventanas de sus pupilas tantas naturales maravillas como ininterrumpidamente pasaban ante ellos por los abiertos pasillos de las "corredeiras" tan buenas para perderse deliciosamente entre el bosque espeso de los humanados pinos; las carretas con ruedas de madera que parecían gruesos troncos de árboles que rodaban por sí solos y las vacas con caras jupiterinas, tonantes y tunantes, siempre dispuestas a disfrazarse de cualquier cosa para conseguir el amor y la posesión de Europa.

Se bajaron en Santiago y se

despidieron como viejos amigos. Insistió él:

—¿Nos veremos?

—Queda prohibido el dudarle.

—fue la contestación de Sara.

Roberto subió a un autobús que le llevó a un hotel situado en la Rua Nueva. Se acostó un par de horas y a media mañana salió a la calle. Pasó el día visitando la catedral, Santo Domingo, Santa María del Mar, el palacio de Fonseca, el Hostal de los Reyes Católicos y tantos otros monumentos como tiene la incomparable ciudad compostelana.

Ya anochecido se sentó en la terraza de un bar, al final de la calle de Franco. Estaba muy animado aquel trozo. A su lado, en la mesa inmediata, estaban dos chicas muy parlanchinas que colgaban un comentario a todo el que pasaba por allí. Ahora estaba una de ellas diciendo a la otra:

—¡Qué pena de chica tan joven y tan guapa y ya hecha una perdida...!

Roberto levantó la cabeza y dirigió la mirada hacia la que muy diligentemente iba ya un poco adelante de donde ellos estaban. Reconoció perfectamente a Sara, con un traje muy ceñido al cuerpo, provocativos andares, un escote muy generoso y un echarpe color crema sobre los hombros, la cual se alejaba levantando a su paso abundante polvareda de piropos y silbidos.

Roberto se levantó rápidamente de su asiento, llamó al camarero

para pagarle su consumición. El mozo estaba en el interior del bar y tardó un poco en salir. Roberto no tenía dinero suelto y tuvo que darle un billete de mil pesetas. El camarero fue a cambiarlo a la caja, junto al mostrador. Roberto se impacientaba. Al fin tuvo la vuelta

del billete en sus manos. Salió raudo, con la mirada fija hacia el lugar por el que había visto que marchó Sara. No logro encontrarla por más que miro por todos los alrededores. Las sombras del paseo de la Herradura habían devorado a Sara para siempre.

## POEMA 10

Qué dulce muerte  
más azul,  
más cimbreada,  
más intensa.

Qué eterna danza,  
fundida de vuelos,  
sola rosa nueva,  
sola rosa libre.

Qué cálida torre,  
destruida y palpitante  
en íntima asolación.

Qué mínimo cielo  
paulatino  
entre hachazos leves.

Qué melancolía  
de fronteras invadidas,  
de ventanas ahogadas,  
de desbocados caminos

Felipe MURIEL